

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

LA CASITA DE NEPTUNO, NIDO DE ARTISTAS

por Federico Villoch

VAMOS a escribir unas líneas acerca de ella, marcada ayer con el número 20, hoy con el 160, y que según las efemérides es una de las más antiguas de la calle, ayer de Neptuno, hoy de Juan Clemente Zenea, situada en el chafalán que forma esta calle con la de Consulado, frente al cine «Encanto», propiedad de nuestro viejo y muy querido amigo Pepe Solís, y del que es activo empresario el incansable y también nuestro amigo muy estimado Ernesto P. Smith. La Habana entera la conoce por su situación especial, y también por su aspecto humilde, despertando la imagen de una viejecita modosa, medrosa, que se ha sentado en la esquina, echada a un lado como para no interrumpir el paso de los transeúntes, ni la circulación de los vehículos, dejando que pasen delante de ella las evoluciones y los progresos de su querida Habana: todos a su alrededor han progresado, prosperado, cambiando de aspecto, menos ella: la antigua fonda «La Flor de Neptuno», la gran casa propiedad de la familia Lima, adquirida por los propietarios de la tienda «El Encanto», de San Rafael, para fabricar el cine; la fonda «La Estrella», de tejado a la antigua española; más como dijo el vate:

no llores, alma querida,
que en el reloj de la vida
cada cual tiene su hora.

Con toda su humildad e insignificancia material, esta casita de Neptuno, para los que la conocimos, hora por hora, detalle por detalle, tiene su historia tan interesante como la que más: no la ocuparon ni príncipes, ni reyes; pero sí un buen número de amigos del postalista, que tienen para él tanta importancia, y acaso más, que aquellos encastillados señores; gente toda querida y conocida de los descoloridos de aquella Habana ochocentista que tan a menudo recordamos en estas viejas postales: allí vivía por el año 1835 nuestro compañero en el periodismo Fanchito Varona Murias, y a la puerta de esta casa se despidió una noche de nosotros para sumarse a los revolucionarios de la jurisdicción de San Nicolás, llevando por todo equipaje un lio, malamente hecho, de papel de periódicos, que contenía unas polainas de cuero, regalo de un amigo, y un viejo espadín, talismán que siempre le acompañaba en sus andanzas. Donato Milanés, que ocupaba entonces la planta baja con su barbería, intercedió con Saturnino Lastra, uno de sus clientes, para propiciarle la salida de La Habana: pocos días después también hizo lo propio Saturnino, causando el mayor asombro entre sus compañeros del comercio, que lo

creían más español que Pelayo. Como es sabido, Fanchito Varona resultó muerto poco después, en un encuentro con las tropas españolas, en las proximidades del citado pueblo de San Nicolás.

No recordamos si antes o después de Fanchito Varona también vivieron allí dos modistas que eran famosas, tanto por su belleza como por la habilidad de su arte, llamadas, una, «Guachi la Mexicana», y la otra, Berta «la Francesita».

Allí vivió sobre el año 97 la bella y popular artista, tan aplaudida en su elegante y sereno zapateo criollo, en el teatro «Irijoa», Rosita Bea, con su esposo, el también actor de la propia compañía, Alfredo Piloto, que allí murió víctima de una cruel dolencia de la vejiga. Allí vivió también sobre el año 1900 aquel actor bufo, el inolvidable «Bobo de Alhambra», Arturo Ramírez, que se hizo tan popular en el teatro «Albisu» cantando la famosa guajira de «El Brujo», de Marín Varona.

¡Ay!... No esperes, no, que te abra
las puertas de mi bohío...

Con el maestro y el artista también se hizo célebre el cornetín de la orquesta de «Albisu», el pardo Luis, que daba con su instrumento, al empezar la guajira, una nota larga y aguda que materialmente electrificaba al público de todas las localidades: acaso fué el detalle que con mayor fuerza contribuyó al éxito y popularidad de la canción. ¡Ay!... Hay números de música que recuerdan ellos solos toda una época, y éste es uno de ellos, rival de la habanera «Tú», el «Tango del Mayor», de «La Casita Criolla», y otros...

Nido de artistas que confortó el calor de la gloria y reanimó el eco de los aplausos, allí también vivió por esa época, durante algunos meses, la graciosa tiparista cubana Hortensia Valerón, gentil creadora, años más tarde, de «La Hija de Papáito», zarzuela de Villoch y Ankerman, que Regino López cubrió con su inmensa gloria de actor vernáculo en el teatro «Alhambra». Allí vivió, asimismo, por igual fecha, aquel tenorcito bufo, de linda voz, Agustín Díaz, que hizo tan popular el dúo de amor de la obra también de Villoch y Ankerman, «La Revolución China»:

También los chinos en China
tienen su pena de amor, etc.

y su cuñado, el actor cómico Carrasquito, el gracioso periodista, crítico teatral del sainete «Chelito en el Seborucal», y el chistoso y aplaudido Catalino Betancourt, «Trovador de la comarca», de «La Casita Criolla», hoy digno miembro del foro habanero en su calidad de experto y activo procurador, representante de muchas firmas comerciales de importancia: como la «Casita» estaba tan a la mano y próxima de los teatros de entonces, «Cuba

2

«Molino Rojo», «Lara», «Alhambra» y años atrás, de los de «Torrecillas», y el «Habana», del famoso Jorge Zuastón, aquel pisito, excelentemente colocado en el corazón habanero, y de alquiler modestísimo, era el refugio de jóvenes y artistas de escasa familia y modesto sueldo, que ni con mucho se equiparaban a los del presente.

Cuando los médicos operaban en el propio domicilio del paciente—no existía entonces una clínica en cada esquina—el, aunque joven, ya renombrado cirujano, doctor José Pereda, operó en aquellas dos reducidas habitaciones altas a un artista y aplaudido autor vernáculo, cuyo nombre no recordamos de momento: la ciencia y la muerte velaron, en empeñado duelo, largas noches en aquella casita, y venció la muerte...

En la planta baja, en un local de menos de veinte metros cuadrados, por años y años existió una barbería que tuvo distintos propietarios: Rafael Anido, Donato Milanés, etc., siendo el que más perduró, el popularísimo Saturnino Valdés, oriundo de Santa Clara, que fué después barbero de Machado y con el cual se servía lo mejor de aquellos alrededores, particulares, artistas, comerciantes, camareños y empleados de «La Estrella», «El Ariete», «Fornos», «Las Columnas», etcétera. En ella se hizo la primera «barba» el actor Gustavo Robreño, taco, entonces, incipiente, de la histórica Acera del Louvre; y en ella se pasaba el día el simpatísimo bohemio, tan querido de todos, gran jugador de base-ball y fanático del jai alai, la bolita, la ruleta y cuantos juegos de azar existen, célebre por sus felices ocurrencias—Victor Planas, conocido por **Bitoque**—que hacía versos sobre cosas del momento, con la facilidad del que se toma un vaso de agua.

De las improvisaciones de **Bitoque** recordamos una que corrió como pólvora encendida por toda Cuba, y que se le ocurrió cuando en el gobierno de la Colonia fué sustituido el general Arsenio Martínez Campos por Valeriano Weyler, que decía:

No pudiendo el doctor Cánovas curarla con «arseniato», quiere ver si salva a Cuba dándole «valerianato».

Esta, y otras cuchufletas por el estilo, y además su aporte personal a la revolución del 95, dieron motivo a que se le deportase a Ceuta; de donde regresó al terminarse la guerra el año 98, tan jovial como siempre y con una nueva remesa de improvisaciones.

Los autores vernáculos se documentaban con **Bitoque** para escribir sus sainetes de más pronunciado sabor y corte populares: era un arsenal de dicharachos y frases del arroyo, y un almacén de recuerdos y de sucedidos entre las personas de aquel ambiente; de él recogimos muchos datos para nuestro sainete «La Guarachá», «El Santo de la Mulata», «La Brujería», etc., y, si hoy viviera—murió en 1930—sería un archivo al que acudiríamos a menudo para documentarnos acerca de no pocas de nuestras viejas postales descoloridas. ¡El buenazo de **Bitoque**, tan agradable! Quede su nombre en estos recuerdos contemporáneos, de aquella antigua Habana que él amó tanto...

Hasta que un día—1899—entró en la barbería de que venimos hablando Máximo Gómez, a arreglarse la para, y se convirtió en la más concurrida y renombrada de La Habana: aunque no sea nada más por eso, digna es de ocupar unas cuantas páginas de la «Historia de Cuba», «La Casita de Neptuno»: y con el Generalísimo vinieron los jefes y oficiales de su Estado Mayor, Ricardo Gras, Villada, Piedra, Cruz Pérez, el coronel Gueren, etc.: tarde había en que no se hablaba en el establecimiento de Saturnino más que de batallas, de asaltos, de macheteos, de marchas, y nunca de política, porque para el Gran Hombre no existía, ni concebía él que existiese otra que la de Cuba. A veces viéndolo silencioso, Saturnino no se atrevía a preguntarle nada, y se concretaba con decirle a los clientes:

—Algo grave va a suceder, señores; porque el General no dice una palabra...

Cuando empezaron los rozamientos de los partidos, y las huelgas de tabaqueros del año 1903, o 4, con sus cargas de caballería de la Rural, en el Campo de Marte, a las órdenes de Pepe de Cárdenas, «La Casita de Neptuno» trepidaba con los



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR

DE LA HABANA

rugidos del león de Coliseo, teniendo una frase que mordía continuamente entre su recia dentadura:

—¡Política cochina!...

Así como se escribió un libro de interesante lectura, titulado **Anatole France en Zapatillas**, por el propio secretario particular del gran literato francés, también pudo, y se puede aún, escribir otro, con el título de **Máximo Gómez en la Barbería**, donde se recogieran las frases, unas chistosas, otras aceradas, estas patrióticas, aquéllas de alta filosofía y previsión, que el héroe de «Las Guásimas» pronunciara en su visita cotidiana a aquella barbería de Saturnino en «La Casita de Neptuno», rodeado de sus amigos y admiradores, y comentando los sucesos diarios de aquel nuestro primer agitado período republicano, hasta hacerle pronunciar aquella su célebre frase, tan llena de tristes augurios:

—¡Siento latidos de revolución!

Uno de esos seres, más que pobres, mezcquinos de espíritu, que no saben congraciarse con sus superiores, o con alguna persona de mérito, sino adulándolas y metiéndoles chismes y cuentos, le fué una vez a Máximo Gómez, allí en la barbería de Saturnino, con el de que en el teatro de «Alhambra», en la obra que estaba entonces de cartel, «Lo que pasa en la Indochina», se le sacaba a escena para ridiculizarlo y hacer reír al público a costa suya: es de suponerse cómo se pondría de incómodo y molesto el Padre de la República; pero no faltó entre los asistentes a la barbería una buena persona —el simpático bohemio, que antes hemos citado, Víctor Planas— **Bitoque** —que logró sacarlo de su error, invitándolo, además, para que fuese con él a dicho teatro, donde tendría el gusto de conocer y tratar personalmente a sus empresarios y artistas; a lo que el bravo cascarrabias hubo de contestar:

—Es lo único que me falta, para que la gente empiece a llamarme «viejo lisencioso», que acuda a presenciar las rumbas y las obras picarescas de ese teatro.

—Usted está por encima de todas las murmuraciones—le dijo Planas.

Y él ripostó:

—Lo que ustedes quieran; pero los hombres públicos deben ser honrados en todos los órdenes de su vida, y además, como la mujer de César, demostrarlo: el hombre público no tiene vida privada.

Allá por el año 1910, cuando, producto de nuestras actividades teatrales—fructuosas en lo material y lo espiritual, a Dios gracias—empezábamos a hacer pesada nuestra hucha, un corredor de número—no sabemos si aún en la actualidad lo conservan estos señores—nos ofreció en venta esta casita de Neptuno, dada su área reducida, por una cantidad bastan-

te modesta; pero, empeñados en otras inversiones que creíamos más beneficiosas, dejamos de ocuparnos de la oferta para otra ocasión; la que, como sucede corrientemente, no volvió nunca a presentarse. Andando el tiempo, la finca pasó a manos de diversos propietarios, y hoy lo son de ella, los hermanos Agustín, Claudio y María Teresa Rapado; el segundo, nuestro hijo político, casado con nuestra hija Juana Marfa; ocupándola actualmente en calidad de inquilino el experto y conocido platero Miguel Morales, quien va a introducir en ella serias y muy notables reformas. ¡Qué contrariedad para los amantes de nuestras vejeces! Un amigo nuestro, agente de uno de los Bancos más acreditados de La Habana, creyendo que la casa era nuestra, por lo que de ella se habló en un tiempo, nos propuso comprárnosla en **cuarenta mil pesos**, durante la Danza de los Millones, para establecer en ella, dado lo estratégico del sitio, una sucursal de dicho Banco; pero, ¡oh!, imprevisión: nadie sabe con la que pierde, ni con la que gana: ¡no era nuestra La Casita de Neptuno, Nido de Artistas!

Orbe maya 7/42



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA